



Dossier
*Escrituras de la enfermedad
y discurso decolonial en la literatura
hispanoamericana reciente*

Coordinado por Gabriele Bizzarri

ÍNDICE

Introducción. Modernidades otras y 'afectadas': la enfermedad como nuestra parte de noche

Gabriele Bizzarri p. 211

Paradoja inmunitaria

Lina Meruane p. 222

La opresión de la ceguera: mirada, memoria y poder en Sangre en el ojo, de Lina Meruane

Paola Susana Solorza p. 230

Cuerpos infectos: Copi, Perlongher y Evita

Lucía Caminada Rossetti p. 240

Un yo sin yo. Memoria y subjetividad en Desarticulaciones de Sylvia Molloy

Andrea Ostrov p. 257

Dossier Escrituras de la enfermedad y discurso decolonial en la literatura hispanoamericana reciente

N. 24 – 11/2020

ISSN 2035-7680

209



Un yo sin yo *Memoria y subjetividad en* *Desarticulaciones de Sylvia Molloy*

por Andrea Ostrov

RESUMEN: Toda subjetividad se configura como un entramado dinámico de experiencias, hábitos, conductas, deseos, afectos, recuerdos, mandatos y valores que se articulan entre sí y producen un efecto de relativa estabilidad. La 'memoria de sí' en tanto elemento articulador y unificador del yo constituye un factor determinante para la re-producción y estabilización de la subjetividad en el tiempo. El texto de Sylvia Molloy que me propongo analizar en esta oportunidad explora precisamente la desarticulación subjetiva que la pérdida de la memoria desencadena; reinstala la pregunta por la identidad para proponer la función del recuerdo como condición de posibilidad de la estabilización –siempre precaria– del sujeto, a la vez que indaga en las estrechas vinculaciones entre memoria, subjetividad, cuerpo y lenguaje. El título mismo del libro condensa los diversos sentidos de la pérdida que el proceso de desubjetivación pone en juego: los *artículos* que ML y S escribían a dúo –garantes del vínculo con el/la otra–; la *desarticulación* del propio cuerpo que empieza a no reconocerse y el colapso de la doble *articulación* del lenguaje que cancela toda posibilidad de significación.



ABSTRACT: All subjectivity presents itself as a dynamic network of experiences, habits, behaviors, desires, affections, memories, mandates and values that are inherently connected with each other and produce the effect of a relative stability. 'Self-memory' as an articulating and unifying element of the Self constitutes a determining factor for the re-production and stabilization of subjectivity over time. The text by Sylvia Molloy that I intend to analyze here explores precisely the disarticulation of subjectivity that the loss of memory triggers; it reinstates the question of identity in order to propose the function of memory as a condition for the –always precarious– possibility of stabilization of the subject, while also investigating the close links between memory, subjectivity, body and language. The very title of the book condenses the different senses of the loss that the process of desubjectivation brings into play: the articles that ML and S wrote as a duo; the disarticulation of the body that begins not to recognize itself and the collapse of the double articulation of language that erases the possibility of meaning.

PALABRAS CLAVE: Subjetividad; Memoria; Lenguaje; Cuerpo; Articulación

KEY WORDS: Subjectivity; Memory; Language; Body; Articulation

El estudio de los cuerpos y las corporalidades, que cobra un notable impulso teórico a partir de las últimas décadas del siglo XX, sustrae definitivamente el cuerpo del dominio de la 'Naturaleza' para proponerlo como un entramado simbólico y material complejo, histórica y culturalmente construido y atravesado por múltiples determinaciones sociales, políticas y económicas. La postulación social de un modelo corporal legible y legitimado por los poderes político-económicos y los saberes científicos plantea reconocimientos y exclusiones que respectivamente in-corporan y expulsan cuerpos y subjetividades en función de su obediencia o de su resistencia a las políticas de normalización. Al mismo tiempo, se vuelve incontestable el papel que el cuerpo adquiere en la construcción de identidades sociales y en la configuración de subjetividades más o menos funcionales al sistema económico de producción y consumo globalizado. Ahora bien, cuando una enfermedad o discapacidad se apropia de un cuerpo, la disfuncionalidad –momentánea o definitiva– en tanto marca diferencial respecto del modelo corporal instala una dimensión de opacidad que paradójicamente ilumina los presupuestos sobre los cuales se configura la normalidad. En este sentido, las narrativas que se ocupan de la temática de la enfermedad instalan

Dossier Escrituras de la enfermedad y discurso decolonial en la literatura hispanoamericana reciente

N. 24 – 11/2020

ISSN 2035-7680

258



una pregunta que, en última instancia, obliga a repensar los términos en que nuestra cultura ha construido la noción de subjetividad.

En los últimos años, la literatura latinoamericana ha sido muy prolífica en relatos en los que el cuerpo enfermo adquiere una dimensión protagónica, fundamentalmente a partir de la irrupción del SIDA, que obtiene carta de ciudadanía en la literatura de los 90. La epidemia ha dado lugar a un vasto corpus dentro del cual se encuentran textos fundantes como *Loco afán. Crónicas de sidario* (1996) de Pedro Lemebel; *El desbarrancadero* (2001) de Fernando Vallejo; *Un año sin amor* (1998) de Pablo Pérez; *Vivir con virus* (2004) de Marta Dillon; *Salón de belleza* (2000) de Mario Bellatin, entre muchos otros. A partir de la huella habilitada por el SIDA, otras enfermedades como el cáncer y el Alzheimer se hacen presentes en la escena literaria. No me refiero simplemente a la existencia de personajes enfermos en estas narrativas, lo cual por cierto no representaría una novedad significativa respecto de la tradición literaria, sino al hecho distintivo de que el cuerpo y el proceso de deterioro concentran en gran medida el foco de interés narrativo. En las novelas que abordan la enfermedad de Alzheimer –entre las que se encuentran *En la laguna más profunda* (2011) del colombiano Óscar Collazos y las españolas *Ahora tocad música de baile* (2004) de Andrés Barba; *Desde una rama* (2012) de Celia Álvarez Fresno y *La sinfonía de las neuronas* (2014) de Óscar Gutiérrez Ojeda– la pregunta por la subjetividad se presenta de forma más acuciante en la medida en que la presencia de los personajes afectados vuelve evidente su propia ‘ausencia’.

En *Desarticulaciones* (2010) de Sylvia Molloy, la narradora en primera persona que se autodenomina S. relata la progresiva aniquilación de la subjetividad de una amiga querida, ML. La dedicatoria, “Para ML., que todavía está”, y el párrafo inicial que presenta el relato condensan la urgencia y necesidad de una escritura que se plantea desde el comienzo como imperativo ético: “Tengo que escribir estos textos mientras ella está viva, mientras no haya muerte o clausura, para tratar de entender este estar/no estar de una persona que se desarticula ante mis ojos. Tengo que hacerlo así para seguir adelante, para hacer durar una relación que continúa pese a la ruina, que subsiste aunque apenas queden palabras” (Molloy 9). Este des-hacerse, esta des-integración paulatina será narrada en la forma de una suerte de diario sin fechas, en pequeñas entradas en las que S. registrará los vaivenes, los matices y oscilaciones de la enfermedad que se apodera de la memoria de ML., pero también los interrogantes, las perplejidades, sentimientos y cuestionamientos que le suscita ser testigo de dicho *proceso*. Una serie de preguntas atraviesan el texto: ¿en qué consiste, o dónde reside la subjetividad? ¿Qué permanece cuando los recuerdos y las palabras se borran, cuando se pierde la posibilidad de reconocer(se)? ¿Hasta qué punto se ve interpelada la categoría de lo ‘humano’ si humanidad y lenguaje se presuponen mutuamente? Si el fundamento de la subjetividad se halla en el ejercicio de la lengua puesto que, en términos de Émile Benveniste, “es en y por el lenguaje como el hombre se constituye como *sujeto*, porque solo el lenguaje funda [...] el concepto de ego” (Benveniste, *Problemas I* 180), “¿cómo dice yo el que no recuerda [se pregunta la narradora], cuál es el lugar de su enunciación cuando se ha destejido la memoria?” (Molloy 19). Así,



lenguaje, memoria y subjetividad resultan dimensiones mutuamente constitutivas cuyas desarticulaciones exhiben a lo largo del relato el proceso deconstructivo de la identidad.

La desarticulación del lenguaje conlleva por definición la ruptura del signo, la completa escisión de significado y significante: "Hace tiempo que inventa palabras [...]. Ayer cuando la fui a ver repetía *jucujucu*. Le pregunto qué significa; nada, me dice, es una palabra que inventé" (40). La pérdida de la significación adquiere aquí la forma de un puro significante que, por añadidura, debe organizarse de acuerdo con leyes específicas, ya que a ML. le preocupa que las cuatro sílabas que conforman *jucujucu* no coincidan con la cantidad de los dedos de la mano. En otra oportunidad, por el contrario, es la cosa la que no puede ser nombrada porque el significante se ha borrado: "le señalo el dibujo del alfajor en la caja y reconoce, alfajor, qué rico, dice [...]. A los diez minutos, señalando la caja, me pregunta qué es. [...] En vano le señalo el dibujo del alfajor, no sé qué es, me dice" (64).

Ante la progresiva pérdida del lenguaje, S. se sorprende de la persistencia de ciertas capacidades que ML. conserva intactas, como la traducción: "ML. es incapaz de decir que ella misma ha sufrido un mareo, o sea, es incapaz de recordar que sufrió un mareo, pero es capaz de traducir al inglés el mensaje en que L. dice que ella, ML., ha sufrido un mareo" (18). Del mismo modo, se muestra capaz de recordar fragmentos de Aristófanes en griego, poemas de Darío, frases de Borges, así como de repetir cumplidos y expresiones de cortesía como "Qué suerte despertar y ver caras amigas" o "[estoy] bien porque te veo" (13). "Creo que no le costaría corregir el estilo de un texto, aun cuando no entendiera nada de lo que dice" (20), concluye la narradora. Los ejemplos mencionados demuestran que la estructura de la lengua se preserva en determinados casos precisamente porque en ninguno de ellos ML. es el verdadero sujeto de la enunciación: ella únicamente cita, re-cita o reproduce los enunciados de L., Aristófanes, Darío o Borges. Si la enunciación es, en palabras de Benveniste, un acto de apropiación de la lengua por parte de un locutor individual, que en ese mismo acto moviliza la lengua por su cuenta y la pone en funcionamiento (Benveniste, *Problemas II* 83-84), en otras palabras, si la enunciación es "el acto mismo de producir un enunciado y no el texto del enunciado" (85), se comprende que ML. conserve la capacidad de reproducir enunciados pero no de producirlos. Por otro lado, la situación enunciativa instaaura la dimensión temporal, señala el tiempo presente en virtud del cual se ordena el resto de las categorías temporales, de manera que la temporalidad misma es producida en la instancia de la enunciación. Por consiguiente, la imposibilidad de constituirse como sujeto productor de un acto enunciativo conlleva un desdibujamiento de la linealidad temporal que estructura la existencia (Ricoeur, *Texto* 53) y clausura, en virtud de esto, toda posibilidad de relato como modo de dar cuenta de la propia vida. En efecto, en tanto narración, la forma-relato configura un eje temporal en el que se sitúan y ordenan los acontecimientos; y en tanto relación, reúne la diversidad de episodios de una vida en una trama significativa que confiere (id)entidad a un sujeto. El relato impone un orden –una forma– a la vida misma que resulta entonces una unidad inteligible (Arfuch 6-7). De acuerdo con Paul Ricoeur, es el



relato de sí mismo lo que posibilita a un yo reconocerse en el haber-sido (*Texto* 85). Es decir, no hay yo sin relato, pero tampoco hay relato sin memoria del tiempo que habilite la recuperación del propio pasado. La memoria de sí resulta entonces el factor cohesivo de la identidad que garantiza el auto-reconocimiento y la continuidad a través del tiempo de un yo “[capaz] de dirigirse a acontecimientos lejanos y [...] reconocerse a sí mism[o] como agente o paciente de lo rememorado” (Sánchez Rodríguez 29).

El nombre propio que se atribuye a cada ser humano al nacer inaugura el lugar que en tanto sujeto le corresponde en el orden simbólico y se revela como lo más propio de todo ser hablante en tanto lo designa e identifica. Es la palabra que ‘resume’ y señala la identidad de un sujeto determinado pero que –de acuerdo con Jacques Lacan– debe reinscribirse en *nombre propio*, es decir, en tanto “invención” que sutura el propio desgarramiento y produce un efecto estabilizador de la subjetividad. En la entrada titulada “Identikit”, ML. responde “Petra” cuando en el hospital le preguntan cómo se llama. La sorprendente respuesta es inevitablemente interpretada por los demás en un esforzado intento por restaurar la coherencia subjetiva: “Una de las personas que estaba con ella vio la respuesta como signo de que todavía era capaz de ironía” (Molloy 19). A su vez, la narradora piensa: “se trata de una de esas ironías que llaman tristes. ¿Petra, piedra, insensible, para describir quién se es?” (19). Sin embargo, me atrevo a arriesgar otra posible interpretación, avalada por el entramado mismo del texto, a partir de la insistencia de una serie significativa con la cual la palabra “Petra” hace sistema: me refiero a Juan Rulfo y a su novela *Pedro Páramo*. En efecto, en varias oportunidades la narradora recuerda un pasado en el que ambas, ella y ML., escribieron juntas un par de artículos sobre esa novela (48). Un pasado pleno, de productividad intelectual y comunicación amorosa: “Al releer la novela [...] me sorprendió la nitidez con que recordaba nuestras conversaciones de entonces; lo que había dicho yo de tal escena de la novela, lo que había dicho ella, como si no pudiera leerla ahora sino a través de aquella vieja lectura que hicimos juntas” (47). Teniendo en cuenta esto, ¿no es acaso Petra, femenino de Pedro, una alusión a ese pasado compartido, en el que ML. se encontraba en completa posesión de sus facultades? Por añadidura, el recuerdo al que alude S. se refiere precisamente a la escritura conjunta de *artículos*, es decir textos que desde su misma clasificación tipológica contrarrestan las múltiples des-articulaciones que tienen lugar en el presente y testimonian que ML. “una vez estuvo” (41). No resulta casual entonces que en lugar de la consabida fotografía que preserva la imagen del rostro amado, el resto material o la *reliquia* que se guarda ante la pérdida del ser querido consista en este caso en “pedacitos de escritura”, “una ficha con un título, o una nota que acaso sirvió para algún artículo que escribimos juntas” (41), puesto que aún no se trata de recubrir la ausencia física de ML. sino la subjetividad que (se) ha partido y ha dejado solo al cuerpo.

En el capítulo titulado “Fractura” la narradora se rompe una pierna en un accidente y pasa unos días en el hospital. Durante su internación recuerda “que ML. se había roto el fémur unos años atrás y que la estaba en el hospital la había desquiciado más de lo habitual” (61): no creía “que la pierna operada y [...] vendada fuera suya, la



miraba y más de una vez preguntó de quién era" (62). Claramente, es ahora la imagen especular como garante de la completud del yo la que ha sido alcanzada por la desarticulación. La fragmentación del cuerpo propio lo vuelve ajeno, irreconocible, *impropio*, también en el sentido de *inapropiado* puesto que ha olvidado su elemental funcionamiento: "A veces, tampoco sabe lo que es comer: me cuentan que se olvida de cuándo tiene que masticar y cuándo no, que a veces traga pedazos de comida enteros y otras masca el yogur" (51).

Cabe señalar, como estrategia narrativa, la vinculación entre las desarticulaciones registradas en el relato y la fragmentariedad como principio constructivo del propio texto. En ocasión de la presentación de *Desarticulaciones* en Buenos Aires, Nora Domínguez sugirió que la misma fragmentación de los recuerdos por efecto de la enfermedad reclama el fragmento "como si no hubiera otro modo de narrar el Alzheimer sino [...] este discurrir fraccionado" (Domínguez 1). Pero a la vez, resulta productivo considerar esta disgregación textual e identitaria a partir de ciertas especulaciones teóricas propuestas por Paul Ricoeur. Según este filósofo, la identidad puede ser considerada desde una perspectiva doble, en función de la existencia de dos pronombres latinos para referirse al "sí mismo": *idem* e *ipse*. El primero (*idem*) alude a la mismidad, a la permanencia de ciertas marcas identitarias que vuelven reconocible a un sujeto a través –y a pesar– del tiempo. Se trata, en principio, del carácter, al que define como "el conjunto de las disposiciones adquiridas y de las identificaciones-con sedimentadas" (Ricoeur, *Sí mismo* 170) que configuran los "signos distintivos que permiten identificar a un individuo como siendo el mismo" (113). El segundo (*ipse*) refiere al sostenimiento de sí mediante el cumplimiento de la promesa, el compromiso ante la palabra dada y la responsabilidad para con el otro. Es decir que la ipseidad insta la dimensión ética como modo de permanencia en el tiempo. Al mismo tiempo, todo relato biográfico o identitario se construye bajo la premisa de la mismidad del sujeto, en el sentido de que se requiere la continuidad de un *mismo sujeto* como agente y paciente de los acontecimientos. Por consiguiente, la subjetividad se despliega *entre* la mismidad y la ipseidad en la medida en que a lo largo de la vida un sujeto determinado enfrenta situaciones y acontecimientos que pondrán a prueba su compromiso ético mediante el sostenimiento de la palabra dada. El relato de sí, entonces, la memoria narrativa de la propia vida se instala en el intervalo entre estas dos dimensiones de la identidad.

Si tenemos en cuenta las consideraciones de Ricoeur, no resulta casual que la novela comience con un interrogante sobre la responsabilidad ética de ML. En la primera entrada, titulada "Desconexión", ML. confiesa haber desconectado siendo niña la máquina que mantenía con vida a una parienta vieja, en ocasión de una visita al hospital. La multiplicidad de sentidos que irradia el título permite tanto una lectura literal de este íncipit –la desconexión de la máquina y la consiguiente muerte de la persona internada– como una alusión a las desconexiones o *desarticulaciones* que se pondrán en escena a lo largo del libro. Pero, además, el episodio puede comprenderse a la luz de la distinción entre mismidad e ipseidad introducida por Ricoeur. En primer lugar, no resulta posible comprobar la veracidad del episodio ni el grado de conciencia



moral de ML. al respecto, por lo cual la narradora concluye: “No lo sabremos nunca, claro está, porque ya ha olvidado esta historia” (Molloy 12). De este modo, se plantea también una nueva *desconexión*, ahora entre *idem* e *ipse*. Si tal como propone el filósofo, el relato de una vida se despliega en la tensión entre los dos modos de permanencia del yo en el tiempo, entre la mismidad del sujeto y los desvíos que los acontecimientos y peripecias vitales le imprimen, ¿hasta qué punto puede reconocerse una correspondencia entre ambas instancias del yo en el caso de ML? Dicho en otros términos, ¿es lícito presuponer acá un *mismo* sujeto, una continuidad identitaria o, en palabras de Ricoeur, un “recubrimiento del *ipse* por el *idem*”? (*Sí mismo* 116). Si la identidad del sujeto en tanto permanencia reside entre estas dos instancias a la vez que garantiza la conexión entre ambas (puesto que el yo se configura en virtud de la memoria de la propia experiencia y de la continuidad de los predicados que en tanto sujeto presupuesto le corresponden), nos encontramos frente a un relato que instala una *desconexión* entre las dos instancias constitutivas de la subjetividad. Aquí, el personaje no se configura en virtud de una trama narrativa en la que se despliegan sus experiencias; por el contrario, el quiebre subjetivo de ML. interrumpe la continuidad temporal de la identidad y suspende toda posibilidad de predicación: “Los únicos sentimientos de los que puedo dar cuenta [son] los míos; los de ella ya son casi imposibles de leer [...]. Yo me quedé melancólica; ella no creo que se haya quedado nada” (Molloy 29). La clausura de la predicación vuelve imposible el relato, que solo puede desplegarse en el plano de la conjetura. En última instancia, es un *anti-relato* el modo de bordear ese agujero en la significación, ese interrogante que recubre un yo ahora inaccesible.

Precisamente, de acuerdo con Ricoeur, las ficciones de la pérdida de identidad conllevan al mismo tiempo una ruptura en el plano narrativo: “A medida que el relato se acerca al punto de anulación del personaje, la novela pierde también sus cualidades propiamente narrativas. A la pérdida de identidad del personaje corresponde [...] la pérdida de configuración del relato y, en particular, una crisis de la clausura del relato” (Ricoeur, *Sí mismo* 148-149). Dicho en otros términos, el cierre de la trama narrativa en el sentido de anudamiento o resolución solo sería congruente con la presuposición de la mismidad/ipseidad de un sujeto reconocible. Quizás por esta razón, *Desarticulaciones* no plantea un *final* sino una “Interrupción”, tal como se titula el último capítulo de la novela: “Siento que dejar este relato es dejarla, que al no registrar más mis encuentros le estoy negando algo, una continuidad de la que solo yo, en esas visitas, puedo dar fe” (Molloy 76). En la medida en que la identidad del personaje como mismidad es condición de posibilidad del relato, entendido como sumatoria de predicados alrededor de un sujeto; en la medida en que las peripecias de la ipseidad – del ser ético y responsable– solo resultan inteligibles bajo el presupuesto de la continuidad en el tiempo de un mismo yo, la novela que se propone narrar a ML. bordea su propia imposibilidad, ya que la única continuidad posible es la de quien escribe:



Al escribirla me tiento la idea de hacerlo como era antes [...], de recomponerla en su momento de mayor fuerza y no en su derrumbe. Pero no se trata de eso, me digo, no se trata de eso: no escribo para remendar huecos y hacerle creer a alguien (a mí misma) que aquí no ha pasado nada sino para atestiguar incoherencias, hiatos, silencios. Esa es mi continuidad, la del escriba. (38)

La ficción subjetiva entonces alcanza su límite en la disolución de la mismidad, cuya cifra es, en última instancia, el cuerpo propio. Las variaciones imaginativas sobre la mismidad/ipseidad presuponen, como dijimos más arriba, una continuidad identitaria que, en última instancia, tiene anclaje en la corporalidad.¹³ La condición corporal en tanto soporte de la identidad es entonces lo que, a pesar de las múltiples pérdidas, permitiría eventualmente restablecer o reconocer la continuidad de ML. Pero, ¿se trata efectivamente del mismo cuerpo? Ricoeur hace referencia a las ficciones tecnológicas, en las que la pérdida del soporte corporal de la identidad se produce por efecto de las manipulaciones cerebrales que *alteran* la mismidad en el sentido más literal: la vuelven otra. Evidentemente no se trata en esta novela de un caso de ciencia ficción; por esto mismo, la desarticulación de ML. resulta aún más inquietante, en la medida en que no surge de una intervención externa sino de un movimiento interno: es el sí mismo el que pierde su propia mismidad.

No resulta en absoluto sorprendente entonces que la des-identificación de ML. se traduzca en la ausencia de nombre propio: "ML. pierde su nombre completo junto con su memoria, con su enfermedad, con su conciencia como sujeto", sostiene Silvia Barei (132). Sin embargo, *todos* los nombres propios han sido desplazados, *todos* los personajes del relato, incluida la misma narradora, son señalados con iniciales a modo de deícticos. De este modo, la completud imaginaria del yo sostenida por el nombre cede ante una precariedad identitaria que se propone como denominador común a todos los sujetos del lenguaje: la borradura del nombre desnuda a los personajes en su condición de meros lugares enunciativos inestables y contingentes. Pero además, es posible encontrar a lo largo del texto otros indicios de precariedad subjetiva que no resulta únicamente privativa de ML. Inevitablemente, S. también se ve afectada en su constitución como sujeto por las desarticulaciones de su amiga. En este sentido, la imposibilidad de evocar recuerdos compartidos vuelve más inciertas las propias vivencias en la medida en que "no quedan testigos de una parte de mi vida, la que su memoria se ha llevado consigo" (Molloy 22). A su vez, la inestabilidad en el uso del lenguaje que exhibe ML. pone en jaque la identificación de la misma narradora, su propio reconocimiento. Cuando en ocasión de un llamado telefónico ML. le habla de tú y no de vos –como lo hace habitualmente– esta sustitución pronominal hace tambalear el lugar simbólico de S.: "Sentí que había perdido algo más de lo que quedaba de mí" (37). Y con la pérdida de las palabras compartidas, cargadas de complicidades, alusiones y reconocimientos, se esfuman ciertos tiempos y lugares del

¹³ "Las ficciones literarias [...] siguen siendo variaciones imaginativas en torno a un invariante, la condición corporal vivida como mediación existencial entre sí y el mundo", sostiene Paul Ricoeur (*Sí mismo* 149).



pasado: "Ahora me encuentro hablando en un vacío: ya no hay casa, no hay antes, solo cámara de ecos" (73).

En el capítulo "Fractura", ya mencionado, en que S., desde su cama de hospital, rememora la internación de ML., resulta significativo el paralelismo entre ambas situaciones: las dos amigas sufren fracturas en la pierna, y la internación produce efectos perturbadores no solo en la identidad dañada de ML. sino también en la narradora: "No me acuerdo de nada", dice, "ni con quién hablé por teléfono ni qué les dije a los que me vinieron a visitar" (61). En otra oportunidad hace referencia a las listas de cosas por hacer que su amiga empieza a redactar al darse cuenta de que iba perdiendo la memoria. Y concluye: "Eran, sobre todo, listas que ML. se olvidaba de consultar. Lo sé por experiencia propia. Hoy, [...] pasé por la farmacia para recoger un par de cosas que le quería llevar. Solo al llegar a casa me acordé de que me había olvidado de algo, es decir, solo entonces miré la lista" (34-35). Sin duda, las coincidencias que se van entretejiendo entre ML. y S. culminan en la entrada titulada "Premonición", donde esta última refiere un sueño angustioso vinculado con barrancas y caídas imposibles de detener que le produce un gran desasosiego:

Pero ese día fue como si el sueño [...] continuara en la vigilia, como si mi mente, independiente de mí, pasara de una cosa a otra, intentando captar un desasosiego concreto, una angustia por algo ominoso que estaba a punto de ocurrir [...], algo que yo no podía formular mentalmente ni mucho menos poner en palabras. [...] [E]ra como si de pronto tuviera un agujero en el cerebro por el que se desbordaba algo [...] que yo no podía recordar. (69-70)

Así, resulta evidente que el quiebre subjetivo de ML. actualiza para la narradora el fantasma de su propia disolución. El agujero en la memoria que hace trizas la identidad de ML. constituye al mismo tiempo un espejo en el cual S. también se identifica. La borradura ya consumada en una de las dos amigas se presenta como amenaza de la pérdida de sí, en la medida en que el olvido se propone como una dimensión de lo común: "el común olvido".¹⁴

La pregunta por la imbricación entre subjetividad y lenguaje que la novela plantea remite, en última instancia, a la articulación entre el lenguaje y el mundo, esto es, a lo que Aristóteles denomina la ontología primera. En la lectura que realiza del *Libro de las categorías* del filósofo griego, Giorgio Agamben traza una genealogía de la subjetividad a partir del concepto de sujeto como categoría gramatical. Lo define como una existencia singular, individual y única (Agamben 227), que se expresa en el lenguaje a través de un nombre propio o un pronombre demostrativo (226), que necesariamente se presupone y yace debajo –tal como expresan los términos *sub-jectum* e *hypokéimenon*–, y sobre la cual se dice lo que se dice, es decir se *predica*. Esto implica que toda predicación *su-pone* al sujeto como verdaderamente existente en la estructura misma del lenguaje. El verbo *ser* interviene en la producción de este efecto de existencia en virtud de su doble acepción, a la vez predicativa y existencial.

¹⁴ *El común olvido* es el título de otra novela de Sylvia Molloy, publicada en 2002.



Paralelamente, la existencia de algo o de alguien supone la *presencia* y esta imbricación entre existencia y presencia se manifiesta en el uso diferencial de los verbos ser y estar. En la entrada titulada precisamente "Ser y estar", la narradora discurre sobre la diferencia de uso entre estos dos verbos en español, que pone de manifiesto la connivencia entre la norma lingüística y una determinada concepción del sujeto como existencia supuesta y *presencia*, ya que no es posible decir "ella es ausente" (Molloy 58). Sin embargo, ante la disolución subjetiva de ML., S. se ve obligada a aceptar la desarticulación de esta norma: "Pero sí puede decirse, me digo pensando en ML. Ella sí que es ausente" (58).

En su ya clásico ensayo *La enfermedad y sus metáforas*, Susan Sontag plantea un imaginario de la enfermedad donde ésta es sistemáticamente concebida como invasión o ataque por parte de un agente por definición externo, ajeno al sujeto; situación ante la cual el cuerpo despliega todo su arsenal defensivo para neutralizar al invasor y recuperar las zonas ocupadas. Este imaginario respecto de la enfermedad es congruente con una concepción cartesiana del sujeto como idéntico a sí mismo, autónomo, dueño de sí, consciente de sí mismo, diferenciado en su individualidad del mundo y de los otros, puesto que la irrupción de la dolencia supone la alteración de un determinado orden y equilibrio que, independientemente de su restauración, es garantizado por el sujeto mismo. Es decir, más allá de las posibilidades concretas de curación, el sujeto en tanto tal, aún en la muerte, permanece. Por el contrario, *Desarticulaciones* pone en jaque las certezas identitarias en la medida en que deconstruye la premisa de la mismidad del sujeto; exhibe la condición inestable y precaria de una subjetividad abierta y en proceso; y cuestiona la supuesta interioridad del yo al subrayar su constitución fundamentalmente lingüística: su única permanencia radica –siguiendo a Paul Ricoeur– en la continuidad del relato que el sujeto hablante hace de sí mismo.

BIBLIOGRAFÍA

Arfuch, Leonor. "Historias de vida: subjetividad, memoria, narración." *Diploma Superior en Lectura, escritura y educación*. FLACSO Virtual, 2005. www.virtual.flacso.org.ar. Consultado el 9 Oct. 2020

Agamben, Giorgio. *El uso de los cuerpos*. Adriana Hidalgo, 2017

Barei, Silvia. "Retóricas del cuerpo/retóricas del género. Desplazar-nombrar-habitar." *Cuadernos del CILHA*, núm 19, año 14, 2013, pp.127-135

Benveniste, Emile. *Problemas de lingüística general, vol.I*. Siglo XXI, 1971

---. *Problemas de lingüística general, vol.II*. Siglo XXI, 1977

Domínguez, Nora. *Desarticulaciones*. 2010. Texto inédito, gentileza de la autora

Lacan, Jacques. *Seminario 9 "La identificación"*. 1961-1962. <https://www.dropbox.com/s/6ycc2sqiepr2l7r/Seminario%209%20-%20La%20identificaci%C3%B3n%20%28RRP%29.pdf?dl=0>. Consultado el 9 Oct. 2020

Molloy, Sylvia. *Desarticulaciones*. Eterna Cadencia, 2010

Dossier Escrituras de la enfermedad y discurso decolonial en la literatura hispanoamericana reciente

N. 24 – 11/2020

ISSN 2035-7680

266



Ricoeur, Paul. *Texto, testimonio y narración*. Andrés Bello, 1983

---. *Sí mismo como otro*. Siglo XXI, 1996

Sánchez Rodríguez, Cristian Camilo. "Acontecimiento y desplazamiento de la memoria. La vida de una víctima convertida en relato." *Versiones*, núm. 9, Enero-Junio 2016, pp.12-43

Sontag, Susan. *La enfermedad y sus metáforas. El SIDA y sus metáforas*. Taurus, 2003

Andrea Ostrov es Profesora de *Problemas de Literatura Latinoamericana* en la Universidad de Buenos Aires e Investigadora Independiente de CONICET. Es autora de los libros *El género al bies: cuerpo, género y escritura en cinco narradoras latinoamericanas* (Alción, 2004) y *Espacios de ficción. Espacio, poder y escritura en la literatura latinoamericana* (Eduvim, 2014). Editó además *Alejandra Pizarnik/León Ostrov: cartas* (Eduvim, 2012) y coordinó el volumen *Cuerpos, territorios y biopolíticas en la literatura latinoamericana* (NJ, 2016). Dirigió varios proyectos de investigación financiados por la Universidad de Buenos Aires y sus principales líneas de trabajo se refieren a la representación de las corporalidades y a las vinculaciones entre cuerpo, género, escritura, espacio y poder en la literatura latinoamericana contemporánea.

andreaostrov@gmail.com